


Una dosis de México para Tijuana. La Asociación de Charros en la frontera norte (1937-1957)*

A Dose of Mexico for Tijuana: The Charros
Association on the Northern Border (1937-1957)

*Matías Emiliano Casas***

 <https://orcid.org/0000-0002-0988-5496>

Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

mecasas@untref.edu.ar

Resumen: En este artículo se analizan los orígenes de la charrería en Tijuana. En contraste con las representaciones de la ciudad que la identificaban como la sede del pecado y los vicios, el charro se erigía como el estereotipo de la moralidad, la religión y el patriotismo mexicano. Aquí se estudia el viaje de la charrería del centro al norte del país y la imposición de una figura alejada de ese territorio como un intento de moralizar y nacionalizar a Tijuana. A través de documentos internos de las agrupaciones charras, de publicaciones especializadas y de la prensa de la época, reflexionamos sobre las funciones de la charrería en Tijuana, sus narrativas, sus conexiones políticas, su integración a la sociedad y a la historia local, y su relación con Estados Unidos.

* La presente investigación fue desarrollada con financiamiento público del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina).

** Doctor en Historia (Université Paris Diderot/Universidad Nacional de Tres de Febrero). Líneas de investigación: las asociaciones tradicionalistas americanas: entramados sociales, festividades y representaciones (1894-1968).

CÓMO CITAR: Casas, M. E. (2026). Una dosis de México para Tijuana. La Asociación de Charros en la frontera norte (1937-1957). *Secuencia* (125), e2529. <https://doi.org/10.18234/secuencia.125.2529>



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Palabras clave: Tijuana; charrería; mexicanidad; frontera; Estados Unidos.

Abstract: This article analyzes the origins of *charrería* (Mexican rodeo) in Tijuana. In contrast to this city, portrayed as a hotbed of sin and vice, the *charro* represented the stereotype of Mexican morality, religion, and patriotism. This study examines the journey of *charrería* from the center to the north of the country and the imposition of a figure far removed from that territory as an attempt to give Tijuana a more moral and nationalistic image. Drawing on internal documents of *charros* groups, specialized publications, and contemporary press, we examine the functions of *charrería* in Tijuana. We explore its narratives, political connections, integration into society and local history, and its relationship with the United States.

Keywords: Tijuana; *charrería*; Mexican identity; border; United States.

Recibido: 26 de mayo de 2025 Aceptado: 25 de septiembre de 2025

Publicado: 15 de abril de 2026

INTRODUCCIÓN

La historia de Tijuana está atravesada por un cúmulo de representaciones que sedimentaron imágenes específicas sobre la ciudad. Claro que no se trató de una particularidad exclusiva de ese lugar, pero es cierto que la localización de Tijuana en la frontera entre México y Estados Unidos le asignó una atención singular. En su ensayo *Tijuana la horrible, entre la historia y el mito*, Humberto Félix Berumen (2024) considera: “Ahí están las imágenes que han hecho de Tijuana la ciudad del vicio por antonomasia; de la inmoralidad sin freno alguno; del desarraigo social como una mera extensión del desarraigo económico; de la desnacionalización cultural y lingüística” (p. 18).

No es un objetivo de este trabajo revisitar los factores que contribuyeron a conformar esas imágenes sobre Tijuana. Sin embargo, se considera necesario puntualizar algunas de esas caracterizaciones para comprender el contraste con la evolución histórica de esta ciudad. En 1848, a partir del Tratado Guadalupe-Hidalgo quedó establecida la línea fronteriza entre la Alta y la Baja

Californias. Según Piñera Ramírez y Rivera (2013), la población local ignoró la nueva frontera política por largas décadas. Se registró una intensa y fluida movilidad permanente entre comerciantes, familias y trabajadores que mantenían actividades y prácticas cotidianas en ambos márgenes de la frontera.

Tijuana permaneció casi incomunicada del resto de México. En sus orígenes, se desarrolló con una evidente dependencia de lo que sucedía en Estados Unidos. Dadas las prohibiciones que obturaban la instalación de cantinas y la realización de carreras de caballos y apuestas en California durante la década del diez, previas a la Ley Volstead de 1919, inversionistas estadounidenses comenzaron a trasladar sus negocios a la ciudad mexicana (Zenteno Quintero, 1995). Para la década siguiente, la población de Tijuana pasó de 1 028 a 8 348 habitantes, en su mayoría hombres dedicados al sector terciario (Piñera Ramírez y Espinoza Meléndez, 2023).

El crecimiento del lugar estuvo estrechamente ligado al turismo. De acuerdo con Gómez Estrada y Villa (2018), esa actividad fue masiva entre 1920 y 1949. En 1927 abrió sus puertas el complejo Agua Caliente, un centro recreativo que incluía casino, hotel y campos de golf. Allí se congregaron estrellas de Hollywood, banqueros, políticos y diplomáticos, entre otros, que lo convirtieron en el casino más lucrativo de América (Vanderwood, 2016).

Los estadounidenses llegaban a Tijuana para sus *vice-tours*. Los periódicos anunciaban el viaje de los “adoradores del dios Baco” en búsqueda de juegos, alcohol y prostitución (Gómez Estrada y Villa, 2018). A contramano, los vecinos de la ciudad lidiaban con las dificultades del acceso al agua, la falta de pavimento y el nauseabundo olor a basura y animales muertos que generaba frecuentes reclamos (Gómez Estrada, 2019). A su vez, la intensidad turística sobrevivió a la derogación de la Ley Volstead en Estados Unidos y a la prohibición de los juegos de azar impuesta por el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, que llevó al cierre de Agua Caliente en 1935. En el marco de la segunda guerra mundial, los soldados apostados en San Diego cruzaban la frontera en busca de placeres prohibidos. La prensa local explicó que ese turismo sexual representaba una “ofensa moral” para los habitantes de las zonas residenciales y los colonos rurales de Tijuana (Gómez Estrada y Villa, 2018).

Allí los fundamentos de la “leyenda negra”, que se expandió en las primeras décadas del siglo xx y que agigantaba la imagen de Tijuana como la tierra “sin ley” (Ruiz Ríos, 2009). Como indica Diana Palaversich (2002), la leyenda negra fue abonada principalmente por quienes no residían en la ciudad. Taylor Hansen (2000, p. 4) afirma: “Durante las décadas de 1920 y 1930,

en los libros y otras publicaciones en México y el extranjero, casi siempre se desprestigiaba a la región del norte y sus habitantes”. En definitiva, los estereotipos negativos sobre la ciudad fueron estimulados desde adentro y desde afuera (Ochoa Tinoco, 2009).

Crónicas de viaje, películas, obras teatrales, producciones literarias, corridos musicales y emisiones radiales y televisivas han colaborado largamente en la difusión de esas peyorativas representaciones.¹ En la novela de Hernán de la Roca, publicada en México en 1932, el contraste con San Diego es contundente. De un lado, la moralidad, la religión, la limpieza, la cultura del trabajo y las buenas conductas; al sur, la protagonista de *Tijuana in se* dejaba seducir por los excesos que se daban cita en los bares y en las casas de apuestas (Roca, 1932).

Claro que, como indica Ochoa Tinoco (2009), es preciso contrastar esas leyendas y prejuicios con los procesos sociales, políticos, económicos y culturales que se desplegaron en la ciudad. En su caso, se esfuerza por contrarrestar la imagen de Tijuana como “desierto cultural” a partir del estudio de prácticas y políticas implementadas en esa dirección. Como se mencionó anteriormente, no es menester de este artículo confrontar mitos o analizar trayectos específicos de la historia de la ciudad, pero sí anclarse en una de esas imágenes para comprender la génesis de la charrería en la frontera bajacaliforniana.

Nos referimos a la representación de Tijuana como una ciudad distante a la “mexicanidad”. Es decir, carente de los símbolos, de la historia y de las prácticas que refrendarían la identificación con la “cultura nacional” mexicana. De acuerdo con los preceptos teóricos que incorporan Héau y Giménez (2005) para indagar en las versiones populares de la identidad nacional mexicana, compartimos el carácter plástico de conceptos como nación, nacionalidad e identidad nacional. También advertimos el afán de imponer una versión hegemónica sobre esos términos a partir de la intervención del poder político, los medios de comunicación, sectores civiles, etc. De acuerdo con Ruiz Ríos, la ausencia de grandes complejos arquitectónicos prehispánicos, aguardientes, artesanías y danzas regionales dificultaban el arraigo de Tijuana al centro de la nacionalidad.

¹ A modo de ejemplo, podemos citar la obra de teatro *La madre de todos los vicios*, de Rubén Vizcaíno Valencia (1961), o la película *The Tijuana story* (1957), producida en Estados Unidos y dirigida por el húngaro László Kardos.

En efecto, Ruiz Ríos (2009) recupera testimonios que dan cuenta de las dificultades que tenían los habitantes de Tijuana para desplegar los rituales cívicos impulsados por los gobiernos nacionales en la década de los treinta. Establecer un cuadro de baile de jarabe tapatío o acondicionar trajes dignos de una china poblana respondía a las exigencias impuestas como “marcas de mexicanidad”, pero no se correspondían con las costumbres del norte. Ricardo Pérez Montfort (1994) señaló cómo esa danza se había extendido desde la presentación de la compañía de Ana Pavlova en la ciudad de México, en 1918, hasta ocupar un número protagónico de cada festejo del calendario cívico en diversas regiones del país. Tijuana quedaba lejos, tanto del centro de México como de los lugares donde se configuraban esas tradiciones que pretendían homogeneizar la cultura mexicana, de ahí que se constituyera como una zona particularmente convocante para inculcar la identidad nacional.

Mexicanizar Baja California, y en particular Tijuana, era una consigna que podía rastrearse desde los años previos al cardenismo. En términos generales, implicaba la conexión de la región con las vías férreas nacionales, obras de infraestructura y políticas de poblamiento, entre otras medidas. Cuando Lázaro Cárdenas lanzó el plan de recuperación de los territorios, postuló que en esa zona se “afirmen las características de la cultura patria” (Cruz González, 2007, p. 8). No era sólo una cuestión edilicia, comunicacional y material. También tenía un componente cultural, seguramente asociado a la influencia estadounidense en los hábitos de consumo, el idioma y los estilos de vestir en la región (Cruz González, 2007). Tijuana recibía a miles de turistas que cruzaban para celebrar allí las fiestas cívicas, como el día de la independencia (Gómez Estrada y Villa, 2018).

Con ese imaginario de fondo, no faltaron los proyectos civiles y educativos para contrarrestar los “males” de la ciudad.² Aquí estudiamos un proceso que se encuadra en ese contexto. La charrería organizada comenzó a desplegar sus actividades a principios de la década de los veinte y se consolidó a nivel nacional hacia los primeros años del decenio siguiente. Si bien entre sus propósitos prístinos los charros contemplaban la fundación de asociaciones en todo el territorio del país, postulamos aquí que el caso de Tijuana estuvo sig-

² María del Consuelo López Arámburo (2005) resalta las gestiones educativas realizadas en la localidad por un grupo de maestras encabezadas por Josefina Rendón Parra durante la presidencia de Abelardo L. Rodríguez. Gómez Estrada y Villa (2018) registraron solicitudes de vecinos que demandaban la construcción de espacios públicos para alejar a los jóvenes de las “malas influencias” del turismo.

nado por las condiciones antes descritas. Creemos que el avance de la charrería en la ciudad se puede interpretar como un intento de nacionalizar y moralizar a Tijuana a través de las prácticas, los símbolos y las festividades charras.

Para corroborar esas premisas, analizamos documentos privados de las asociaciones dedicadas a la charrería, que constan de cartas, balances y circulares. Además, revisamos publicaciones especializadas de la época y las contrastamos con los estudios que reflexionaron sobre esas actuaciones desde una perspectiva más general. En el primer apartado del artículo, reconstruimos la consagración del charro como símbolo de México y como reserva moral de la nación a partir de su vocación católica y patriarcal. En la segunda parte, nos concentramos en la trayectoria de la charrería en Tijuana para explorar sus funciones, sus narrativas, sus conexiones políticas y su condición fronteriza. El recorte cronológico de este estudio se corresponde con la experiencia de los charros en esa ciudad. Comienza con la intervención ante las autoridades de la región para conformar una agrupación charra en Tijuana y finaliza con una serie de episodios que dan cuenta del lugar alcanzado por ese grupo en la sociedad local.

DIOS, PATRIA Y FAMILIA CHARRA

Antes de estudiar la inserción de la charrería en Tijuana, es preciso identificar cómo los charros fueron construyendo su imagen de patriotas, religiosos y honrados a partir de la circulación de diferentes discursos. La charrería es una práctica deportiva que consta de la realización de diferentes destrezas vinculadas con el mundo ecuestre y ganadero. En ámbitos urbanos y semiurbanos, desde la década de los veinte proliferaron asociaciones civiles que recreaban actividades propias de la economía rural en modo de competencia y espectáculo. A medida que fueron ganando adeptos, los grupos se multiplicaron y se congregaron en una federación nacional que dictaminaba los reglamentos, regulaba el funcionamiento de las asociaciones y organizaba torneos y festejos en todo el país. La faceta competitiva era uno de los fundamentos de la charrería organizada.

El otro consistía en representar lo que consideraban las auténticas tradiciones de México. Los charros creían encarnar la mexicanidad y desde esa convicción potenciaron sus demostraciones. Apoyados en una serie de reconocimientos que, en cierto punto, refrendaban esa condición —como la declaración

de la charrería como “deporte nacional”, el reconocimiento de su indumentaria como “traje típico de México”, la progresiva incorporación en las fiestas cívicas, y la proyección de su imagen (no sin tensiones) que se propagaba desde el cine–, los charros ganaron terreno en la representación de un México tradicional (Carreño King, 2000). Esa condición descansaba en una serie de argumentos que las mismas agrupaciones ponían de relieve, como el de percibirse garantes de la moral católica gracias a la rigurosa observación del culto.

Entre las diversas perspectivas desde las que se puede reconstruir la imagen de los charros como auténticos mexicanos y fieles católicos, nos concentramos en tres registros distintos. En primer lugar, examinamos esos discursos en los libros editados en el ámbito de la charrería. Esas obras eran costeadas con recursos propios o con financiamiento de algún organismo del gobierno, tenían como característica la autocelebración y como propósito galvanizar las lealtades al interior de las asociaciones. Un segundo registro lo conforman las publicaciones periódicas especializadas que, si bien perseguían fines similares, buscaban llegar a un público más amplio a través de las publicidades y las estrategias de circulación. Finalmente, se rastrea el reconocimiento de esa condición en la acción y la voz de líderes políticos que le otorgaron variadas concesiones a la charrería organizada.³

En 1928, Alfredo B. Cuéllar publicó en México su libro titulado *Charrerías*. Se trata de un conjunto de artículos que se mezclan con composiciones en verso sobre temáticas charras. Se la puede considerar como una de las primeras obras orgánicas de la charrería asociada, editada por Imprenta Azteca y recopilada por uno de los miembros fundadores de la Asociación Nacional de Charros. Entre esas páginas, se transcribía un artículo del diario *Excelsior* y el intercambio epistolar entre Cuéllar y el autor. En la edición del periódico, datada en junio de 1925, se afirma:

La Asociación Nacional de Charros vigilante vestal que conserva vivo el fuego de la tradición suntuaría mexicana, celebra su aniversario con un festival eminentemente nacionalista [...] Cuéllar merece bien de todos aquellos que amen de veras a la Patria y cuanto tiene ella de característico y distintivo, ya que sin

³ Cabe aclarar que las muestras aquí presentadas exceden la cronología de este artículo. No es un propósito de este trabajo analizarlas minuciosamente según las variadas temáticas que sugieren, sino exponerlas como evidencia de la expansión de una representación patriótica y religiosa de los charros y de la charrería.

más interés que el amor al terruño, multiplica su conocida actividad para que no desaparezca lo único que nos resta ya fundamentalmente mexicano (Cuéllar, 1928, pp. 76-77).

La identificación directa entre esa agrupación, Cuéllar, la tradición y la patria se sintetizaba en la crónica del aniversario, que parecía funcionar como una presentación de la Asociación Nacional de Charros en tanto reservorio de lo mexicano y sede del nacionalismo.

Considerar a la práctica de la charrería como un favor a la patria o una muestra de genuino amor por lo mexicano era una idea que se replicaba en cada edición publicada desde el seno de las agrupaciones. En el libro que conmemora los 40 años de asociaciones charras en Tabasco, se afirma: “El charro es una silueta delineada en el horizonte nacional, permanente en el paisaje sublime de nuestra historia [...] Como imagen legendaria se construye a partir de un enjambre de relatos, donde se mezclan las hazañas relacionadas con el honor familiar, el fervor patrio y las contiendas por defender la posesión de la tierra o conquistar la mujer amada” (Arellano Quintanar et al., 2005, p. 30). Aquí, junto con el celoso patriotismo del charro aparece a la par el “honor familiar”. Entre los valores que se le solían asignar a los miembros de esos grupos, el cuidado de la familia y la mujer, siempre desde una perspectiva paternalista y vertical, era una de las mayores cualidades.

En otros términos, la Unión de Asociaciones Charras de Nayarit dejó plasmada esa liga entre la charrería y la familia: “La mujer y la familia charra son una verdadera institución llena de fortaleza, a los charros les interesa que su familia crezca con principios morales, cívicos, éticos, religiosos, patrios y ecológicos. La charrería es una fiesta de familia” (Cabrera Cornejo y Cabrera Reveles, 2004, p. 37). Aunque no era tan así. Los estudios que se concentraron en el papel de la mujer en el ámbito charro pusieron en evidencia el estatus inferior que aún hoy se mantiene en ese tipo de presentaciones. Cristina Palomar Vereá (2004) caracterizó a esa participación como “básicamente ornamental”, condición que podría rastrearse desde los primeros concursos por escoger la reina de cada agrupación.⁴ No obstante, en los discursos emitidos desde la charrería se pretendía equiparar ambas figuras: “el charro y las charras son en la actualidad la identidad simbólica del mexicano ante el mundo, porque donde quiera que se encuentre un charro o una charra ¡Allí

⁴ Para profundizar el tema, se sugiere la tesis de maestría de Karen Flores Tavizón (2020).

está México!” (Cabrera Cornejo y Cabrera Reveles, 2004, p. 6). Octavio Chávez (2014), miembro de la Asociación Metropolitana de Charrería y vocal de la Federación Nacional, acentuaba, en su libro, la condición representativa del deporte nacional ante el mundo: “La charrería es arte, cultura y tradición y forma parte del patrimonio nacional. Se la reconoce como un símbolo universal de lo mexicano a través de sus objetos, valores y actividades” (p. 7).

En las publicaciones periódicas que editaron los charros se profundizaban las consideraciones sobre esos valores y los propósitos de sus actividades. Allí, la representación del charro como cabeza de familia se nutría de relatos, crónicas y entrevistas que enfatizaban la funcionalidad de la charrería para el bienestar familiar. María Teresa Arenas, esposa de Antonio Gil, quien fue tres veces presidente de la Asociación Nacional de Charros, animaba a todas las mujeres a favorecer la práctica de la charrería de sus esposos e hijos: “es un deporte sano, valiente, que aleja a los niños, jóvenes y adultos de la vagancia, de los vicios, y a los mayores los hace más hogareños y amantísimos esposos [...] A mi marido lo estímulo y lo levanto muy temprano para que haga sus recorridos matutinos a caballo.”⁵ Esa profilaxis social que representaba la charrería en la interpretación de Arenas, estaba íntimamente ligada a la moral católica que preservaba la familia charra.

En las revistas eran habituales las noticias sobre bautismos, comuniones y casamientos que se festejaban portando el traje tradicional. Por ejemplo, cuando se celebró el matrimonio de uno de los socios de la Asociación Metropolitana, en *México Charro* se recuerda que el sacramento es “manantial inagotable de la moralidad cristiana”.⁶ De hecho, las prácticas que sostenían el culto católico formaban parte de las actividades regulares de los charros. Varias agrupaciones contemplaron espacios específicos para adorar a la Virgen de Guadalupe en sus instalaciones. Anualmente se realiza el torneo guadalupano que reúne agrupaciones de todo el país. Cada 14 de septiembre, día del charro, se inician los festejos con una misa a la que asisten con su traje de gala. En 1971, la revista editada en Guadalajara, *Gráfica Charra*, prestó especial atención a la ceremonia religiosa: “todas las asociaciones asistieron a una misa [...] misa solemne en donde se hizo resaltar a los charros para que conserven las tradiciones del único deporte nacional, seguir adelante por el engrandecimiento de las asociaciones, no perder la virilidad de la que hemos sido dota-

⁵ *México Charro*, tercera época, año 1, núm. 1, febrero de 1956, p. 33.

⁶ *México Charro*, segunda época, núm. 14, 20 de abril de 1947, p. 51.

dos, y no caer en los pasos que están arrastrando a la juventud”.⁷ Aunque no lo precisara en el artículo, es factible que la alusión al declive de los jóvenes estuviese asociado, según esa línea editorial, a la ebullición estudiantil y a la amenaza de la lucha armada (Casas, 2025). A contramano, la charrería se presentaba como un refugio amparado y bendecido por la Virgen.

Tal vez uno de los eventos que mejor expliquen la conexión entre la charrería y la Iglesia sea la presentación del estandarte guadalupano por parte de la Asociación Nacional de Charros a finales de la década de los cuarenta. Allí se hicieron presentes las jerarquías eclesíásticas de México, con el arzobispo Luis Martínez a la cabeza. Toda la celebración giró en torno al imaginario católico que se confundía con los charros y la ornamentación mexicana. El escritor Alfonso Junco, hispanista, franquista y católico, fue el invitado para dar el discurso inaugural de la fiesta:

Ésta es, señores, la fiesta de la mexicanidad. Difícilmente podrá encontrarse cosa más entrañablemente nuestra, cosa que mejor nos encarne y simbolice, que el charro [...] Y porque esta bizarra Asociación Nacional de Charros lo sabe, quiso afirmar y sublimar su ingénita mexicanidad alzando el estandarte de la Virgen de Guadalupe [...] Porque la Virgen de Guadalupe se identifica con la sustancia de la patria. Ella presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Quiso visitarnos cuando estas tierras estaban grávidas de Cristo, y aceleró el nacimiento de Él y su reinado entre nosotros [...] Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional.⁸

Las palabras de Junco engarzaban elementos vitales para la charrería organizada. En primer lugar, refrendaban la representatividad nacional de ese deporte, y más aún, de los charros. Luego, identificaban a los charros con el culto a la Virgen, devoción inherente a la mexicanidad. Finalmente, proyectaban esa tríada (nacionalidad-Virgen-charrería) hacia fines utilitarios, como muro de contención ante los “exotismos desintegradores”.⁹

⁷ *Gráfica Charra*, año 1, núm. 4, 1971, p. 13.

⁸ *México Charro*, segunda época, núm. 14, 20 de abril de 1947, p. 42.

⁹ En la perspectiva de Alfonso Junco, la referencia a exotismos desintegradores podía aludir tanto a las ideologías de izquierda como la expansión de la cultura estadounidense que se materializaba en expresiones musicales, deportivas –como el boxeo–, cinematográficas, etc., todas en detrimento de la vida conyugal y familiar. Véase Daniel Efraín Navarro Granados (2013, p. 80).

En un tono similar, los editoriales de la revista *México Charro* solían apuntar hacia las modas extranjeras que se infiltraban en la cultura nacional y ponían en peligro la supervivencia de las auténticas tradiciones mexicanas: “Hoy, todo se transforma entre nosotros, por necesidad, por esnobismo, y nuestra juventud se adapta con lamentable facilidad a todo lo exótico, por contrapuesta que sea a nuestra estructura espiritual”.¹⁰ La charrería se asignaba un papel que iba más allá de su función simbólica: la misión de contener a los jóvenes y encauzarlos; es decir, contrarrestar los efectos perniciosos del cine estadounidense, del boxeo, de la música extranjera. En definitiva, como presagiaba Cuéllar (1928) en su libro, la cultura del chicle y del foxtrot.

Con todos esos pergaminos, la charrería contó con el favor del poder político en diferentes momentos. Entre los casos que podrían destacarse, mencionamos a modo de ejemplo a gobernadores que auspiciaban la competencia deportiva con la donación de premios para las asociaciones ganadoras, como José Félix Bañuelos (gobernador de Zacatecas de 1936 a 1940). Otros que se suscribían a las revistas especializadas en charrería colaborando con su difusión, como Ramón Rodríguez Familiar (gobernador de Querétaro de 1935 a 1939). Gobernadores que asistían con frecuencia a las fiestas charras, como José Lugo Guerrero (gobernador de Hidalgo de 1941 a 1945). Quienes aceptaron cargos honoríficos, cedieron terrenos y ofrecieron financiamiento para que las agrupaciones pudieran construir sus lienzos, como Maximino Ávila Camacho (gobernador de Puebla de 1937 a 1941) con la Asociación de Charros de Puebla. Autoridades que participaron activamente como miembros de la charrería organizada, como Isidro Candía (gobernador de Tlaxcala de 1937 a 1941) quien fue presidente de la Asociación Metropolitana de Charros y subdirector de la revista *México Charro*.

En ocasiones, los mandatarios políticos no sólo asistían a los espectáculos, sino que también eran los encargados de pronunciar discursos para animar al público y propagar los “bienes” del deporte nacional. Isidro Fabela Alfaro, gobernador del Estado de México, cerró una fiesta en Toluca, en enero de 1945. Allí resaltó la importancia histórica y tradicional de la charrería y subrayó la “devoción nacionalista” que los animaba. Además, interpeló a todos los presentes para que donaran objetos con el fin de construir en la ciudad el primer museo charro que sería auspiciado desde su gestión.¹¹ Entre los

¹⁰ *México Charro*, año 1, núm. 1, enero de 1936, p. 3.

¹¹ *México Charro*, segunda época, marzo de 1945, p. 19.

benefactores de la charrería, Javier Rojo Gómez ocupa un lugar privilegiado, ya que tanto como gobernador del estado de Hidalgo o como jefe del Departamento del Distrito Federal contribuyó de modo simbólico y material con la propagación del deporte que él mismo practicaba.

Los presidentes de la república también tuvieron diferentes gestos en beneficio de los charros. Lázaro Cárdenas visitó la Asociación Metropolitana de Charros durante su mandato y comenzó los trámites para la cesión de un terreno en su favor. Además, posteriormente como secretario de la Defensa Nacional, fue homenajeado por diferentes agrupaciones.¹² Manuel Ávila Camacho forjó una estrecha relación con la Metropolitana. Bajo su mandato, obtuvieron la concesión de los terrenos para la construcción de su lienzo y su casino, ambos inaugurados por el propio presidente de la nación.¹³ En la década de los setenta, Luis Echeverría Álvarez cedió el exconvento de Monserrat, ubicado en el centro de la ciudad de México, a la Federación Nacional de Charros. Allí radican, hasta la actualidad, las oficinas de esa agrupación y el museo de la charrería.¹⁴

Si bien la relación de los charros con la política mexicana requeriría un trabajo específico, aquí nos interesa resaltar el beneplácito del que gozaron las agrupaciones por parte de distintas autoridades. De la mano de la política y de la Iglesia, los charros consolidaban su espacio en la versión hegemónica de la identidad nacional, previamente mencionada. En 2010, en el marco de los festejos por el bicentenario de la independencia y el centenario de la revolución, la Federación Mexicana de Charrería editó un libro que fue prologado por el presidente Felipe Calderón Hinojosa. Allí, validaba el respaldo político a esa práctica tradicional y deportiva:

A lo largo de estos 200 años, la charrería ha sido uno de los principales símbolos de nuestra mexicanidad [...] La indumentaria charra es portada con gallardía por nuestros charros y con gracia y belleza por nuestras mujeres mexicanas. El arte de la charrería ha dado la vuelta al mundo, brindándonos un motivo de especial satisfacción por ser un elemento de identidad orgullosamente mexicano (Castruita Padilla y Reyes Igartúa, 2010, p. 9).

¹² *México Charro*, segunda época, enero de 1945, p. 28.

¹³ *México Charro*, segunda época, diciembre-febrero de 1946, p. 13.

¹⁴ *México Charro*, año 1, núm. 5, enero de 1974, p. 3.

La afirmación de la charrería como símbolo de México la posicionó como una herramienta plausible de intervenir en diferentes espacios. Tijuana, supuestamente malherida en su moral y su nacionalismo, se convirtió en una ciudad convocante para trasladar las prácticas y los valores de los charros, en lo que entendían como una “cruzada mexicanista”.

LA CHARRERÍA ORGANIZADA EN TIJUANA

Hacia mediados de la década de los treinta, la charrería asociada experimentaba un camino ascendente. Los presidentes de México, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez, habían reconocido oficialmente al traje charro como símbolo de la mexicanidad y habían instituido el 14 de septiembre como el “Día del Charro”, una efeméride que los situaba en el marco de los festejos por la independencia. A su vez, las asociaciones habían logrado constituir una Federación Nacional de Charros (FNC) que centralizaba la toma de decisiones, organizaba y avalaba la fundación de nuevos grupos y proyectaba las competencias deportivas y los espectáculos tradicionales hacia todos los estados del país.

En enero de 1937, los responsables de la FNC se dirigieron mediante una carta al gobernador de Baja California, el general Rafael Navarro Cortina. La misiva estaba firmada por Silvano Barba González, presidente de la FNC y a la sazón presidente del Partido Nacional Revolucionario (PNR), y por el mencionado Alfredo Cuéllar, secretario del organismo charro.¹⁵ Si bien el mandatario del estado pertenecía a las mismas filas políticas que Barba González y había sido designado en esa función directamente por el presidente Cárdenas, la comunicación no era oficial y respondía exclusivamente a los propósitos de la charrería.¹⁶ Allí, se revelaba rápidamente el motivo del contacto: “Nos dirigimos a Ud. enviándole dos ejemplares de los Estatutos de esta Federación y

¹⁵ Silvano Barba González fue un hacendado ganadero de Jalisco y uno de los fundadores de la charrería asociada en esa región durante los años veinte. Además, contaba con una extensa trayectoria política como funcionario a nivel regional y nacional. Por mencionar alguno de sus cargos, fue secretario de Gobernación durante la presidencia de Lázaro Cárdenas y gobernador del estado de Jalisco.

¹⁶ Como indica Cruz González (2007), la década de los treinta se caracterizó por una marcada incertidumbre política para Baja California, en la que se sucedieron diez gobernadores entre lo que era el Distrito y luego pasó a ser Territorio de la Federación.

solicitándole su valiosa cooperación para organizar Asociaciones Regionales de Charros en el territorio de su mando”. La solicitud se enmarcaba en ese proyecto amplio de extender la charrería hacia todo el país y se presentaba el aval de Cárdenas para tal fin: “El presidente de la República ha mostrado un vivo interés por el resurgimiento de nuestro viril y tradicional deporte hípico”. Era el primer acercamiento de la FNC a un funcionario de la región. Hasta allí, hay pocas referencias precisas respecto a Tijuana. Lo único que se apuntaba era la existencia de “núcleos de personas entusiastas” en el lugar que podían llevar adelante la iniciativa. Para obtener el favor del gobernante, los charros anticipaban una de las “contraprestaciones” que ofrecía el deporte nacional: “Con la cooperación de autoridades militares y civiles, podrían constituirse en verdaderas Asociaciones Regionales de Charros que colaboraran brillantemente con las autoridades en las distintas ceremonias cívicas que se celebran en el año”.¹⁷

Cuando todavía no era más que una idea, los representantes de la FNC ya imaginaban la presencia de charros en las fiestas de Tijuana. Como sucedía en otros puntos del país, la participación de jinetes en los desfiles o la demostración de alguna de sus suertes garantizaba la existencia de la mexicanidad en el evento. Es decir, la charrería funcionaba como un símbolo más en la ornamentación nacionalista de las ceremonias cívicas. Junto con la bandera, el himno, las danzas, aparecían los charros con sus reatas y sus caballos para certificar el carácter patriótico de esos acontecimientos. La FNC así lo entendía y lo mostraba como su carta de presentación ante Navarro Cortina, quien al poco tiempo dejó su cargo, quedando inconclusa la solicitud.

No obstante, el semanario *Labor* de Tijuana publicó, a finales de 1937, la noticia sobre la creación de una “nueva asociación hípica”. El general Luciano Peralta, antiguo revolucionario y miembro de la FNC, había llegado desde la capital para reunirse con ese grupo de entusiastas al que se hacía referencia en la carta citada. Para esas fechas, Peralta ya había gestionado con éxito la organización de una asociación charra en el estado de Michoacán y de otro grupo en Durango, donde oficiaba como presidente de la entidad.¹⁸

Según registró la crónica, el delegado de la FNC instó a los presentes “para que, abandonando la rutina de sus trabajos y en aras de un ideal nacionalista, se agrupen [...] y no dejen que en estas apartadas regiones de nues-

¹⁷ Federación Nacional de Charros al general Rafael Navarro Cortina, 22 de enero de 1937. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, Ciudad de México.

¹⁸ *México Charro*, año 1, núm. 3, marzo de 1936, p. 26.

tro México se apague la llama de la afición a la charrería”. A diferencia de la presentación formal de la FNC al gobernador de Baja California, aquí Peralta profundizaba respecto del potencial de una asociación de charros en Tijuana:

Es natural que, por cuestiones de vecindad geográfica, estos pueblos norteros son el primer escaparate que se ofrece a la curiosidad de nuestros vecinos del norte, y son los que mayormente están expuestos a la influencia norteamericana en lo que respecta a las costumbres, ideas, educación. Pues bien, ofrezcamos a esa curiosidad y a esa invasión de costumbres, una muralla nacionalista.¹⁹

En la intimidad de la reunión, en la que participaron una decena de figuras locales vinculadas al ámbito militar, civil y comercial, Peralta propuso una función específica para la charrería en Tijuana: una agrupación que no sólo se dedicara a cuestiones deportivas, sino que tuviera una función decisiva para la contención de costumbres foráneas y para la reafirmación de la mexicanidad del territorio. En diciembre de 1937, en ese mismo encuentro, se conformó la mesa directiva de la novel agrupación y se acordó que, mientras se daban los primeros pasos, se aceptarían diversos estilos hípicos para extender sus alcances. Recién en octubre de 1938, comenzó a utilizarse el nombre de Asociación de Charros de Tijuana.²⁰

La agrupación contó con un promedio de 30 miembros en el periodo estudiado. En su mayoría, figuras vinculadas con el comercio, las haciendas, el turismo y los transportes. El denominador común era la cultura ecuestre y la intención de consolidar un espacio para esas prácticas en la ciudad. Enrique Paulín, presidente de la Junta Patriótica que llevaba adelante los festejos cívicos en Tijuana, fue uno de los miembros más estables de la agrupación y tuvo diversas funciones. Ocupó lugares de relevancia en la política municipal

¹⁹ *Labor*, Tijuana, 5 de diciembre de 1937, p. 7.

²⁰ Así lo indica la narrativa de los charros en Tijuana. <https://oem.com.mx/elsoldetijuana/deportes/charrería-en-tj-mas-de-80-anos-de-historia-18083292> Sin embargo, en *México Charro* se publicaron fotografías fechadas en 1950 donde aparecían jinetes a la usanza charra practicando esas destrezas en la ciudad. Uno de ellos era Antonio Escobedo. *México Charro*, tercera época, año 1, núm. 4, julio y agosto de 1956, p. 12. Además, algunas de las comunicaciones con la FNC dejan entrever indicios de una experiencia embrionaria en los primeros años de esa década. Escobedo sostuvo una sociedad de charros de pocos miembros que a los pocos años se disolvió por la ausencia de una estructura mayor que respaldara ese tipo de experiencias. En los periódicos se registran algunas intervenciones de ese pequeño grupo que ofrecía jaripeos y demostraciones en distintos eventos. *La Opinión*, Los Ángeles, vol. 6, núm. 316, 27 de julio de 1932, p. 2.

y fue uno de los promotores de la conformación de Comités Pro Estado que agitaban el ambiente durante las décadas de los treinta y cuarenta para que Baja California alcanzara esa condición (Taylor Hansen, 2000).

Otro agente local que puso los medios necesarios para extender la práctica de la charrería en la región fue Antonio Escobedo. Era un acaudalado comerciante oriundo de Jerez, Zacatecas, que se había vecinado en Tijuana desde 1930 (Yslas Salazar, 2008). Allí, instaló locales que ofrecían productos variados como perfumes, indumentaria de cuero y joyas. Además, era dueño de la talabartería La Casa del Charro que se encontraba en la avenida Revolución, la vía más importante de la ciudad. Por último, Escobedo había incurrido en el rubro de los bares, ya que desde mediados de la década de los treinta poseía una cantina que ofrecía servicios las 24 horas del día. Más allá de sus labores mercantiles, desde su arribo a Tijuana se ocupó de conservar su afición ecuestre, que cultivaba desde niño.

Escobedo quedó identificado como el patriarca de la charrería en el norte del país. En 1956, la revista *México Charro* publicó una reseña que se tituló: “Tijuana, extremo baluarte charro”. En esas páginas, se ensalzaba la obra pionera del comerciante:

Apenas llegado, don Antonio verificó con desconsuelo, que las costumbres del otro lado habían invadido su tierra mexicana; dominaba el yanqui; hasta su idioma y su moneda se habían impuesto y no había asomo de una sola prenda que recordara el glorioso atuendo nacional; encorajinado y triste, se impuso la tarea de formar una Asociación de Charros [...] como esencia luminosa y fuerte de nuestra amada Patria.²¹

En el relato, se representaba a Escobedo como un libertador. Era una narrativa que se ofrecía desde el ámbito de la charrería y que pretendía inspirar otras “gestas” como las que habían desplegado en Tijuana. La reseña tenía tonos de reconquista. Los charros le habrían devuelto a la ciudad la mexicanidad arrebatada por la invasión estadounidense.

La mística que se le asignaba a Escobedo no era solamente una puesta en escena hacia afuera, hacia los lectores de la publicación. Pocos meses antes, la FNC se dirigió al presidente de la Asociación de Charros de Tijuana en los siguientes términos: “Usted, querido compañero, supo hacer de un erial,

²¹ *México Charro*, tercera época, año 1, núm. 4, julio y agosto de 1956, p. 13

un vergel; su mano taumaturga operó el milagro de crear afición charra en un lugar remoto de la patria, en la que hasta el recuerdo de la amada tradición mexicana se había perdido. Su obra ha sido fecunda [...] El pecho de cada uno de los charros de Tijuana es un escudo contra la invasión”.²² La nota ponía en evidencia que la misión mexicanista de la charrería formaba parte de las convicciones internas de esos grupos. Es decir, constituía un elemento central en su narrativa pero también era fomentada en sus propias comunicaciones.

Ese convencimiento lo intentaban trasladar a distintos ámbitos, en especial a aquellos que podían favorecer y potenciar sus experiencias. La FNC certificaba la labor patriótica de la Asociación de Charros de Tijuana en cada intervención. Así se lo recordaban al primer presidente municipal de la ciudad, el cirujano Gustavo Aubanel: “Nos consta que el señor Antonio Escobedo [...] ha desarrollado desde hace luengos años una ejemplar y patriótica labor para que perdure esa manifestación de nuestra mexicanidad en Tijuana”.²³ El político no era desconocido de los charros, en efecto, José Yslas Salazar (2008) recordaba en sus memorias haber participado en eventos organizados por la Asociación de Charros de Tijuana en honor a Aubanel cuando todavía no ejercía cargos públicos.²⁴ Sin embargo, la FNC entendía relevante fortalecer la relación con la autoridad local para apuntalar el desempeño de los charros. En otros casos, cuando tuvieron que mediar por cuestiones más específicas, como la construcción y ubicación del lienzo, también apelaron al patriotismo de la agrupación.

Por ejemplo, en una comunicación con el ingeniero Eduardo Chávez, secretario de Recursos Hidráulicos de México, la FNC le explicaba la sensibilidad de la región y la importancia de las prácticas charras en esa ciudad: “A pesar de encontrarse establecidos en la frontera norte de nuestro país, donde por razón natural se pierden nuestras tradiciones, son [los charros] los que se han preocupado grandemente porque en esa frontera se practique la charrería y ésta sea la mejor barrera contra la infiltración de costumbres extranje-

²² Federación Nacional de Charros a Antonio Escobedo, abril 1955. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

²³ Federación Nacional de Charros al doctor Gustavo Aubanel, 17 de enero de 1955. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

²⁴ Aubanel era una figura reconocida en la política local. Previo a su ascensión como presidente municipal desde las filas del Partido Revolucionario Institucional (PRI), había dirigido el Consejo Territorio del Comité Pro Estado. En 1955, los charros lo designaron presidente honorario de su agrupación.

ras”.²⁵ Esa “barrera” requería entonces el respaldo político para poder allanar el camino de los charros en la región.

Braulio Maldonado fue el primer gobernador constitucional de Baja California. Vale recordar que en 1952 ese territorio dejó de depender directamente del gobierno central y se incorporó como el estado número 29 a la federación mexicana. Maldonado, al momento de su designación como candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), era una figura ligada al mundo laboral, centralmente a las demandas campesinas, se había graduado en Leyes en la UNAM y había fungido como diputado federal por la región. El proselitismo activado por la prensa local lo posicionó como una figura ideal para llevar adelante la primera gestión del gobierno estatal, acentuando su condición humanista y popular (May González, 2018).

Los charros trabaron relaciones estrechas con la autoridad máxima del estado. Durante la gestión de Maldonado, mantuvieron comunicaciones frecuentes. En particular, entre 1955 y 1957, cuando el lienzo de la Asociación de Charros de Tijuana estaba amenazado por el proceso de entubamiento del río Tijuana y el fraccionamiento de terrenos que se estaba desarrollando. Los charros temieron por la destrucción de su plaza e intensificaron su vínculo con el gobernador. Con ese objetivo, realizaron agasajos, eventos y solicitaron mediaciones. En diciembre de 1955, Braulio Maldonado se dirigió a la FNC: “en cuanto a mi simpatía hacia las asociaciones de charros de todo el país, y en particular hacia la de Tijuana, me es grato reiterarla ante ustedes en estas líneas. Siempre he sido un sincero admirador de los bizarros charros mexicanos”.²⁶ A continuación, garantizaba la no afectación del lienzo charro y la dispuesta colaboración con el funcionamiento de la agrupación. Esa resolución reviste un significado mayor si se la contrasta con el desalojo forzoso que sufrieron las familias que habitaban esos terrenos y que le representaron un alto costo político al gobernador, capitalizado por el opositor Salvador Rosas Magallón (Piñera y Espinoza González, 2011).

Maldonado fue celebrado en el ámbito de la charrería organizada. A comienzos de 1956, la FNC envió una circular a todas las agrupaciones, dando a conocer la favorable intervención de la autoridad de Baja California. Así-

²⁵ Federación Nacional de Charros al ingeniero Eduardo Chávez, 17 de diciembre de 1954. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

²⁶ Braulio Maldonado a la Federación Nacional de Charros, 22 de diciembre de 1955. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

mismo, publicaron, en su órgano de prensa, una crónica con el título “Braulio Maldonado, gobernador amigo de los charros”, que incorporaba una fotografía, un breve resumen de su actuación política y parte de sus intercambios.²⁷ De ese modo, Maldonado se incorporó a la lista de funcionarios benefactores y fue recordado frecuentemente. Las amistosas comunicaciones y, en especial, las garantías que había ofrecido el gobernador para la práctica de la charrería, constituyeron un episodio revisitado por los charros por dos motivos: por un lado, valió como muestra del compromiso político con la charrería, siempre perseguido ante distintas autoridades en el país; por otro, sirvió como un indicador de los alcances que tenía la FNC para desplegar mediaciones sobre temas puntuales de la práctica del deporte nacional ante las autoridades más significativas de cada estado.

Con el apoyo de la FNC y el aval político del estado, la Asociación de Charros de Tijuana se esforzó por extender sus actividades hacia otras esferas. Los jinetes comenzaron a participar en los desfiles de las fiestas cívicas y a incorporarse en otros eventos que involucraron a variopintos actores. El Club de Leones de la ciudad los invitaba recurrentemente a diferentes festejos. Para contar con su presencia, solían evocar el carácter patriótico de sus intervenciones: “es imprescindible la presencia de un charro con su cabalgadura, símbolo de mexicanidad”.²⁸ Así, fueron ganando terreno en la sociedad local, en parte fruto del simbolismo de sus prácticas y en parte debido a la exclusiva posición social que ocupaba la familia Escobedo.²⁹

Más allá de Tijuana, desde 1955 enviaron una delegación a los concursos de Miss Universo que se realizaban anualmente en Long Beach. Los charros se trasladaban con sus mejores prendas y escoltaban a la representante mexicana en ese certamen de belleza. Solían aprovechar esa visita para orga-

²⁷ *México Charro*, tercera época, año 1, núm. 1, p. 12.

²⁸ Asociación Nacional de Club de Leones, Tijuana, a la Asociación de Charros de Tijuana, 7 de junio de 1951. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

²⁹ Desde 1949, Antonio Escobedo le anunciaba a la FNC que su hijo, homónimo, garantizaría la continuidad de la charrería en la región. Ya recibido de ingeniero, se dedicó a expandir los negocios de su padre a través de la apertura de “tiendas de curiosidades” en la avenida Revolución. Para graficar la prosperidad de la familia, Yslas Salazar recordaba que le habían querido regalar una de esas tiendas, con la mercadería incluida, para que el charro se afincara en la ciudad. Escobedo (hijo) fue miembro de la Cámara de Comercio de Tijuana y presidente del Club Rotario.

nizar festejos, bailes y mostrar la cultura charra tanto a los organizadores de ese evento como a los enviados internacionales.³⁰

En rigor, la presencia de la Asociación de Charros del otro lado de la frontera ponía en evidencia una dinámica cultural intensa que encontraba en la charrería organizada un capítulo particular. Ya a finales de la década de los cuarenta, la Asociación Nacional de Charros, con sede en la capital del país, había sido convidada para participar en el torneo anual de rodeo en Los Ángeles. En esa oportunidad, el propio Escobedo puso a su disposición sus 19 caballerizas y sus caballos para que los charros realizaran demostraciones en el norte.³¹ También se registraban actuaciones de charros profesionales, como Paco Aparicio, que eran contratados para espectáculos esporádicos en esos territorios.

Por su parte, en Los Ángeles se observaban personas con atuendo de charro, tímidamente desde la década de los años veinte. En 1939, el diario *La Opinión*, que se editaba en español en esa ciudad, publicó un artículo titulado: “¿Cuántos son los niños que ambicionan un traje charro?”. Luego de una elogiosa introducción sobre la charrería, incorporaron la carta de un niño mexicano residente en California: “Yo no tengo más ambición que tener un traje charro. Todos mis amiguitos quieren también [...] Cuando algún niño mexicano va a una fiesta vestido de charro es admirado por todos; pues con el traje de charro parecemos más mexicanos”.³² La indefectible conexión entre el charro y la nacionalidad formaba parte del imaginario de Los Ángeles, también por la cadena de tiendas de abarrotes que llevaba ese nombre y se especializaba en la distribución de productos mexicanos.

Como demuestra Laura Barraclough (2019), en esa ciudad estadounidense, a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, la charrería se expandió notoriamente. La interacción entre un pequeño grupo de migrantes mexicanos que se agrupaban a realizar demostraciones ecuestres –todavía de diferentes estilos– con los charros de Tijuana a partir de la filmación de la película *The young land* en 1959, habría sido decisiva para la conformación orgánica de una agrupación en esa ciudad estadounidense. En

³⁰ Ingeniero Antonio Escobedo (hijo) al doctor José Yslas Salazar, 30 de julio de 1955. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

³¹ Antonio Escobedo a Lino Anguiano, 17 de enero de 1949. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

³² *La Opinión*, Los Ángeles, vol. 14, núm. 107, 31 de diciembre de 1939, p. 3.

1962 quedó constituida formalmente la Asociación de Charros de Los Ángeles y se convirtió en un interlocutor constante para la FNC.

En Tijuana, los charros se mantuvieron atentos a las relaciones con Estados Unidos. En términos económicos, dada la incidencia que tenía el turismo para la ciudad, la atracción de visitantes foráneos era una preocupación constante. Así lo reconocía Escobedo en una carta privada cuando advertía que su cantina estaba principalmente destinada para la recepción de turistas estadounidenses. Del mismo modo actuaba su hijo, cuando editaba en inglés los catálogos de sus tiendas de curiosidades. En otro plano, los charros eran conscientes de su misión como barrera cultural y se organizaban con ese fin en cada una de sus presentaciones o cuando la coyuntura les ofrecía una posibilidad para articular sus redes de contactos.

En abril de 1956, advirtieron una de esas oportunidades cuando se enteraron, a través de un periódico de San Diego, que el candidato a senador de Estados Unidos, Harold Collier, presentaría un proyecto para comprar Baja California. No se trataba de un tema desconocido para la región. En décadas anteriores, otros funcionarios estadounidenses, como Charles Kramer y Robert Reynolds, se habían pronunciado por lo mismo (Taylor Hansen, 2000). Si a esas propuestas se le sumaba el rechazo producido por los conflictos armados durante el siglo XIX y la incursión de los filibusteros, es sencillo comprender el carácter movilizador que tenía esa amenaza para los habitantes de la ciudad.

La Asociación de Charros de Tijuana realizó una junta extraordinaria y resolvió llevar adelante una inmediata acción pública de protesta. La comisión directiva le entregó personalmente un manifiesto al cónsul de Estados Unidos en la ciudad, en el que se afirmaba que habían “herido hondamente la susceptibilidad de los mexicanos y lesionado nuestra soberanía nacional”. En el mismo tono, imprimieron 20 000 volantes para repartir entre los vecinos. En una comunicación a la FNC, se explayaban sobre el evento central de desagravio:

Se efectuó un desfile a las tres de la tarde, hora en que es mayor el número de turistas en esta población. Encabezaban la manifestación dos charros que portaban un cartelón escrito así “Collier, Baja California NO se vende”. A continuación iban el resto de los charros formados de dos en dos, seguidos por un grupo de chamacos que se encargaron de repartir los volantes. Recorrimos las principales calles de la ciudad siendo muchas veces aplaudidos por la multi-

tud que se fue incorporando a nuestro grupo, hasta terminar cuando se hubo formado un enorme contingente compuesto por gentes de todas las clases y edades, llegando hasta nuestra oficina donde colocamos, en el frente, el cartel que portábamos. Plácenos comunicarles que hemos recibido infinidad de cartas y telefonemas, dándonos un voto de apoyo, inclusive de compatriotas que residen al otro lado de la frontera.³³

Lamentablemente no tenemos registro de esos documentos que permitirían contrastar la versión relatada a la FNC. Desconocemos si el impacto que narraron fue el que efectivamente tuvo el desfile. No obstante, encontramos un indicio en una carta que remitía el comité “Justicia histórica a la Baja California”. La firmaba el presidente, Carlos V. Legaspy, un empresario agrícola ganadero, y la secretaria, la profesora Josefina Rendón Parra, una activista cultural, social y política en detrimento de la leyenda negra que pesaba sobre la ciudad y a favor de la condición nacionalista de Tijuana (López Arámburo, 2005). En ese escrito, felicitaban a la Asociación de Charros: “por su actitud digna, manifestada públicamente, con motivo del absurdo proyecto del diputado Collier al lanzar la idea de la compra de Baja California”. Aunque no profundizaban en la actuación de los charros, la ligaron a dos tópicos que interpelaban permanentemente a la sociedad tijuanaense: “Idea [la de comprar Baja California] que han sostenido siempre los vecinos, que en 1911 intentaron lograr sus deseos, sin pensar en que los hombres de estas olvidadas tierras alimentaban entonces como hoy, un intenso amor a México, Patria a la que pertenecen y honran con sus hechos”.³⁴ Se trazaba una continuidad histórica en dos direcciones: en el deseo anexionista de Estados Unidos y en el patriotismo de los que se habían enfrentado a esos embates.

La referencia al año 1911 aludía a lo que se entendía como una invasión filibustera con el propósito de anexionar la región al territorio estadounidense, a la reacción local que derivó en la batalla de Tijuana y a la posterior expulsión. No es objetivo de este artículo detenerse en las diversas interpretaciones

³³ Las oficinas a las que hace referencia el comunicado se encontraban en avenida Revolución número 1028, en el centro de la ciudad. Asociación de Charros de Tijuana a la FNC, 23 de abril de 1956. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

³⁴ Comité Justicia Histórica a la Baja California a la Asociación de Charros de Tijuana, 3 de abril de 1956. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

de ese periodo en cuanto a si se trataban de filibusteros que intervenían con esa intención o si el movimiento armado formaba parte de la trama revolucionaria que se desataba en el país (Samaniego, 2008). Sin embargo, nos interesa destacar tres cuestiones. En primer lugar, la coyuntura político-cultural del nuevo estado. Era un tiempo de construcción de símbolos para Baja California. Escudo, canción estatal y conmemoraciones eran activadas por la Dirección Cívica y Cultural como rasgos propios de la región (Piñera y Espinoza González, 2011). En segundo lugar, reconocer que al momento del episodio Collier, las lecturas sobre lo acontecido en 1911 se encontraban en plena confrontación. Así lo evidencian las publicaciones de la época, como la nota del comité a los charros de Tijuana, donde se acusaba a quienes negaban la invasión por desconocimiento de la historia. En tercer lugar, advertimos que, al margen de esa disputa, la representación del periodo como una gesta heroica y patriota de los habitantes de la ciudad era cara para los intereses tanto del mencionado comité como de los propios charros que comenzaron a integrarse en ese tipo de manifestaciones.

En junio de 1956, parte de la comisión directiva de la Asociación de Charros de Tijuana se trasladó a Guadalajara para recibir los restos de Miguel Guerrero, uno de los héroes locales de la batalla de 1911. El teniente murió en combate en 1915 en San Miguel El Alto, en un enfrentamiento entre las tropas de Álvaro Obregón y las de Pancho Villa, y estaba enterrado en San Juan de los Lagos. Hasta allí se dirigió una comitiva organizada por la presidencia municipal de Tijuana, con el propósito de trasladar los restos y depositarlos en el novel monumento a los defensores de 1911. La ciudad cristalizaba su propio panteón, en perfecta comunión con la historia nacional, y los charros figuraban a la vanguardia de esos eventos cívicos.³⁵

En el plano simbólico y cultural la charrería asociada había asimilado su función como bastión nacionalista en la frontera norte. En el terreno cívico y marcial, los charros se integraron a una narrativa heroica local. Esa integración fue facilitada porque los mismos charros habían construido un relato sobre su participación bélica en favor del país. Según se publicaba en *México Charro*, se podía reconocer su intervención en las principales contiendas, desde la independencia hasta las luchas intestinas.³⁶ Incluso, más de 30

³⁵ Asociación de Charros de Tijuana a la FNC, 9 de junio de 1956. Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

³⁶ *México Charro*, año 1, núm. 1, enero de 1936, p. 3.

miembros de la Asociación de Charros de Tijuana habían recibido instrucción militar en el marco de una militarización más amplia de la charrería durante la segunda guerra mundial.³⁷ En suma, los charros de Tijuana no sólo confirmaron su relación con la historia de México, sino también con su defensa, bajo diferentes modalidades.

CONCLUSIONES

La charrería en Tijuana no se interrumpió a mediados de la década de los años cincuenta. Aquí consideramos que la intervención política en favor de su lienzo y la movilización gestada por la defensa de Baja California ante las pretensiones anexionistas estadounidenses marcan el final de esta investigación, ya que evidencian el lugar alcanzado en la ciudad. Durante los años sesenta, los charros prosiguieron con sus actividades, aumentaron el número de agrupaciones en el lugar e incluso encontraron nuevas oportunidades para mostrar sus destrezas. En 1969, la ciudad fue sede del congreso anual que reunía a asociaciones de todo el país y consagraba a los equipos campeones y a los jinetes más destacados. Con vaivenes, la práctica de la charrería pervive hasta nuestros días.

En este artículo, mostramos que la experiencia de los charros en Tijuana no puede considerarse como un eslabón más en su cadena expansionista que proyectaba asociaciones en todo el país. Aquí operó un telón de fondo que contrastó dos representaciones opuestas. Por un lado, la ciudad sede del pecado y los vicios, invadida de prácticas y costumbres foráneas. Por otro, el estereotipo de la moralidad, la religión y el patriotismo mexicano. Ese marco le asignó una especificidad a la experiencia charra en el norte.

La imagen del charro como reservorio de la moral, la familia y la patria fue cuidadosamente construida por las agrupaciones. Desde el seno de la charrería, se pronunciaron diferentes voces para certificar esa condición y para difundirla en diferentes espacios. La caracterización del charro como símbolo de México fue avalada por el poder político, y con ese impulso llegó a Tijuana. De la mano de la FNC, la charrería viajó del centro al norte para imponer una figura que poco tenía que ver con la historia de la región. Un estereotipo que llegaba con

³⁷ Para un acercamiento a las intervenciones de la charrería durante la guerra, véase, Matías Emiliano Casas (2023).

una misión particular: erigirse como un faro de la moral y la nacionalidad en la frontera y, por tanto, como una barrera para la “invasión” estadounidense.

Como advertimos aquí, cuando la charrería viajó a Tijuana experimentaba un proceso de crecimiento. Quizá, embebidos en esos triunfos, se animaron a “crear afición charra en un lugar remoto”, como reconocieron en sus documentos privados. Lo lograron. Si bien no extendieron el número de sus miembros, sí se instalaron como parte activa de esa sociedad. Paulatinamente, fueron participando en eventos cívicos y lograron una fluida retroalimentación con distintas asociaciones. También se integraron a la historia “heroica” de la ciudad, conformando las comitivas que se esforzaban por cristalizar una narrativa local con sus propias figuras.

A partir de allí, los charros configuraron una relación ambigua con Estados Unidos. Por un lado, la dinámica fronteriza parecía favorecer sus negocios, como en el caso de la familia Escobedo. En esa línea, la presencia o la alarmante “invasión”, lejos de preocupar, estimulaba la promoción de nuevos comercios. Por otro lado, la agrupación charra abrazó su tarea como “muralla nacionalista” y se mostró atenta para defender a la ciudad de cualquier tipo de intromisión extranjera. Si bien estaban convencidos de esa actuación, intervenir públicamente azuzando históricos temores en la región les permitió consolidar su posición y extender los alcances de sus actividades. En definitiva, instituirse como baluartes de la mexicanidad en tierras alejadas, tanto del centro del país como del estereotipo celebrado.

LISTA DE REFERENCIAS

- Arellano Quintanar, S. et al. (2005). *Las asociaciones charras de Tabasco. 40 años de historia*. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- Barraclough, L. (2019). *Charros: How Mexican cowboys are remapping race and American identity*. University of California Press.
- Berumen, H. (2024). *Tijuana la horrible: entre la historia y el mito*. El Colegio de la Frontera Norte.
- Cabrera Cornejo, S. y Cabrera Reveles, S. (comps.) (2004). *Charrería*. Gobierno del Estado; Unión de Asociaciones Charras de Nayarit.
- Carreño King, T. (2000). *El charro: la construcción de un estereotipo nacional, 1920-1940*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana; Federación Mexicana de Charrería.

- Casas, M. (2023). Tradición, deporte, bandera y armas. Una aproximación a la charrería asociada en la ciudad de México, 1933-1943. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 65, 149-178. <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2023.65.77795>
- Casas, M. (2025). La revista *Gráfica Charra* y el Festival Mundial de Folklore. De Jalisco para el mundo (1970-1973). *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 82, 319-350.
- Castruita Padilla, J. y Reyes Igartúa, J. (coord.) (2010). *Charrería. Origen e historia de una tradición popular*. Federación Mexicana de Charrería.
- Chávez, O. (2014). *La charrería, breviario del deporte nacional*. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México.
- Cruz González, N. (2007). El poblamiento de Baja California y la influencia de la política de población en el periodo cardenista. *Estudios Fronterizos*, 8(16), 91-122. <https://doi.org/10.21670/ref.2007.16.a04>
- Cuéllar, A. (1928). *Charrerías*. Imprenta Azteca.
- Flores Tavisón, K. (2020). *Gender dynamics in charrería Mexicana* (Tesis inédita de maestría). The University of Texas, Rio Grande Valley.
- Gómez Estrada, J. (2019). Turismo, gobierno y ley seca en la frontera norte de México. Tijuana, Baja California, en el periodo 1920-1935. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 57, 207-238. <http://dx.doi.org/10.22201/iih.24485004e.2019.57.67741>
- Gómez Estrada, J. y Villa, J. (2018). Continuidad y cambios en las actividades turísticas de Tijuana, 1920-1949. *Región y Sociedad*, 30(72). <http://dx.doi.org/10.22198/rys.2018.72.a778>
- Héau, C. y Giménez, G. (2005). Versiones populares de la identidad en México durante el siglo xx. En R. Béjar y H. Rosales (coord.), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas* (pp. 81-110). Universidad Nacional Autónoma de México.
- López Arámburo, M. (2005). Mujer y nación: una historia de la educación en Baja California, 1920-1930. *Frontera Norte*, 17(34), 37-65. <https://doi.org/10.17428/rfn.v17i34.1044>
- May González, A. (2018). La campaña electoral de Braulio Maldonado en 1953: el candidato perfecto a través de la prensa. En M. Félix y M. Magaña Mancillas (coords.), *Militancia política en Baja California: del partido hegemónico a la alternancia* (pp. 17-62). Universidad Autónoma de Baja California.

- Navarro Granados, D. (2013). *Charros, chinos y aboneros. Estereotipos, nacionalismo y xenofobia en el humorismo gráfico de El Universal* (Tesis inédita de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ochoa Tinoco, C. (2009). De la bohemia a las instituciones. El sinuoso camino de las políticas culturales en la ciudad de Tijuana. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 6(11), 323-352. <https://doi.org/10.29092/uacm.v6i11.163>
- Palaversich, D. (2002). La ciudad que recorro. Un *flâneur* en Tijuana. *Literatura Mexicana*, XIII(2), 215-227.
- Palomar Vereá, C. (2004). *En cada charro un hermano. La charrería en el estado de Jalisco*. Secretaría de Cultura-Gobierno de Jalisco.
- Pérez Montfort, R. (1994). *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Piñera Ramírez, D. y Espinoza González, A. (2011). Las repercusiones de la segunda guerra mundial y el Estado 29. En D. Piñera y J. Carrillo (coords.), *Baja California a cien años de la revolución mexicana, 1910-2010* (pp. 109-122). El Colegio de la Frontera Norte.
- Piñera Ramírez, D. y Espinoza Meléndez, P. (2023). El poblamiento de Tijuana durante los años veinte. Una aproximación desde fuentes censales y eclesiásticas. *Frontera Norte*, 35, 1-27. <https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.2317>
- Piñera Ramírez, D. y Rivera, G. (2013). *Tijuana in history: Just crossing the border*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Roca, H. de la (1932). *Tijuana in*. Editorial Cultura.
- Ruiz Ríos, R. (2009). Tijuana. La frontera concupiscente y el comienzo de la patria. *LiminaR*, 7(2), 131-151. <https://doi.org/10.29043/liminar.v7i2.303>
- Samaniego, A. (2008). *Nacionalismo y revolución: los acontecimientos de 1911 en Baja California*. Universidad Autónoma de Baja California.
- Taylor Hansen, L. (2000). La transformación de Baja California en estado, 1931-1952. *Estudios Fronterizos*, 1(1), 47-87. <https://doi.org/10.21670/ref.2000.01.a02>
- Vanderwood, P. (2016). *Agua Caliente. El patio de recreo de las estrellas. Mafiosos, magnates y artistas de cine en el centro de esparcimiento más grande de América*. El Colegio de San Luis.
- Yslas Salazar, J. (2008). *Mis memorias en la charrería*. Castilnovo Asociación Cultural Hispano Mexicana.
- Zenteno Quintero, R. (1995). Del rancho de la Tía Juana a Tijuana: una breve historia de desarrollo y población en la frontera norte de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 10(1), 105-132.

OTRAS FUENTES

Archivos

Archivo de la Federación Nacional de Charros, Palacio de la Charrería, ciudad de México.

Hemerografía

Gráfica Charra, 1970-1971.

Labor, Tijuana, 1937.

La Opinión, Los Ángeles, 1930-1935.

México Charro, 1937-1963.